

LILIYANA GADYKA,

El precio de la guerra.

Inhoud

Capítulo 1. El primer encuentro	4
Capítulo 2. Kiev	12
Capítulo 3. Bajo la superficie.....	36
Capítulo 4. Tormenta política.	38
Capítulo 5. Encuentros	43
Capítulo 6. Ruslana	45
Capítulo 7. Lola.....	57
Capítulo 8. Mi gato Putin	70
Capítulo 9. El incidente del metro	75
Capítulo 10. Las secuelas.....	87
Capítulo 11. ¿Escribir como terapia?	91
Capítulo 12. Años de estudiante en la EUR.....	96
Capítulo 13. Convertirse en quien ya eres.....	109
Capítulo 14. Cazatalentos	129
Capítulo 15. Fruta turca (a mano)	136
Capítulo 16. El estadounidense fatal	141
Capítulo 17. El elemento místico	144
Capítulo 18. Kiev como energía	162
Capítulo 19. La erosión de la civilización.....	167
Capítulo 20. Gallandia	171
Capítulo 21. Reflexión.....	178
Capítulo 22. Escalada y SMO	188
Capítulo 23. Medios de comunicación convencionales.....	201
Capítulo 24. Chisinau, ¿Kiev 2.0?.....	209
Capítulo 25. Epílogo	212

Capítulo 1. El primer encuentro

Todo empezó con una cita en febrero de 2010. Era la hermana de una concursante holandesa de Miss Universo y, sinceramente, aún más guapa que su hermana. Me causó una profunda impresión. Fuimos a cenar al restaurante Olympia, en Róterdam.

Lo que más recuerdo de aquella noche no es ni siquiera lo que comimos, sino cómo se nos pasó el tiempo. Como estábamos hablando tan intensamente, perdimos la noción del tiempo y el personal permaneció allí sin hacer nada hasta mucho después de la hora de cierre, sin avisarnos.

No fue hasta la una y media cuando nos dimos cuenta de que éramos los únicos que seguíamos sentados a la mesa. Me habló de su exnovio, con quien había terminado su relación poco antes. Un hombre con varios Grand Cafés, una casa enorme en Brasschaat y una flota de coches impresionante.

Yo solo tenía una bicicleta. Mientras ella hablaba, ya sabía lo suficiente. No estaba en esa categoría económica. No en ese momento. Me estaba recuperando lentamente de un divorcio de hacía tres años que me había dejado completamente sin un euro.

Un atraco a plena luz del día; al menos, así lo sentí en aquel momento. En los primeros tiempos, en 2004-2005, hubo momentos en los que tuve que vivir literalmente con un euro al día. Pero lo había sobrevivido, también gracias a mi anciana madre, que me apoyó en todo. Lo que no te mata te hace más fuerte.

Muchos hombres salieron peor parados que yo y tuvieron que irse a dormir bajo un puente o algo peor. Yo también lo había sobrevivido porque, en ese mismo periodo, conviví durante tres años con una de las mujeres más guapas y cariñosas que he conocido jamás.

La enfermera Monique. Ella no me exigía mucho y me daba estabilidad. En retrospectiva, había sido mi salvavidas. Pero, como suele ocurrir: lo que te salva en una determinada etapa de tu vida, no tiene por qué durar.

Después de tres años, nuestra relación estaba en un punto muerto. Sin dramas, sin grandes peleas, pero sí un aterrizaje brusco, y también la sensación predominante de que lo nuestro había terminado. Que los dos teníamos que seguir caminos diferentes. Nunca he creído en la posesión dentro de las relaciones.

Si realmente quieres a alguien, debes dejarlo libre. No como un cliché, sino como una realidad. Por aquella época vi en YouTube un breve fragmento del Bhagavad Gita y me llegó mucho. La esencia era que en la vida no posees nada ni a nadie, y que todo te está prestado.

En el amor no es diferente. Todo en la vida es solo temporal. Esa idea se me quedó grabada, quizá porque tenía sentido. Monique quería comprar una casa más grande, dar un paso más en nuestra relación. Pero para mí eso no parecía un avance.

Al contrario. Más bien una forma de estancamiento, una vida que ya estaba predeterminada. Veía la compra de una casa como una garantía de una vida monótona, una rutina que mata el espíritu.

Una especie de prisión mental, que para mí se sentía como una sala de espera para la muerte. Tenía tres hijas muy pequeñas, de 8, 6 y 3 años, de las que me ocupaba en gran parte durante todas las vacaciones y los fines de semana.

Ellas eran lo más importante para mí y estaban en primer lugar. Monique estaba dedicada a sus dos gatos Sfinx. Era evidente que no podía hacerse cargo de mis hijas, que por cierto se comportaban de manera ejemplar con ella, y padecía migrañas crónicas constantes.

Ella nunca había tenido ni deseado tener hijos, lo cual lo dice todo. Eso, por cierto, no convierte a alguien en una mala persona por definición, al contrario.

Demuestra autoconocimiento. Yo tampoco sentí al principio la necesidad de tener hijos, pero cuando los tuve a una edad más avanzada, me pareció fantástico.

Monique vivía en su propio mundo y tenía sus propias prioridades. Ya no encajábamos en la misma historia. Nos habíamos convertido en figurantes en la película equivocada. Los niños pequeños son tan divertidos porque aún son espontáneos, juguetones y, por lo general, sinceros. Aún no han sido des-socializados.

Después, en las escuelas comienza un sutil proceso de transformación y socialización (desaprender el comportamiento natural) y eso no siempre da lugar a los mismos jóvenes adultos sinceros. Yo era el único hijo varón y tenía cuatro hermanas mayores.

Desde los 20 años ya vivía con la doble de la cantante Sade. Ella era tres años y medio más joven que yo. En aquella época, nadie le daba importancia. Ahora es totalmente diferente y la libertad es mucho menor. Cuando yo era pequeño, mi padre solía pasar las tardes espiando desde detrás de las cortinas cuando mis hermanas llegaban a casa acompañadas por sus futuros cuñados.

A sus ojos, ningún chico era lo suficientemente bueno para sus hijas. Nunca he tenido esa actitud sobreprotectora y celosa de mi padre con mis hijas. Mis padres me dieron total libertad en todo y yo hice lo mismo con mis hijos. Tampoco me entrometo nunca en su vida privada.

No por desinterés, sino por confianza y, además, intuitivamente prefiero no meterme en posibles nidos de avispa. En retrospectiva, me he puesto al servicio de los intereses de los demás demasiado y con demasiada frecuencia. Dar y recibir es mejor y más saludable.

Desde hace unos años, me toca a mí. Esta breve frase resume a la perfección mi mentalidad actual. Por cierto, uno puede preguntarse si la importancia de una «buena educación» no se exagera y sobrevalora en cierta medida. La mayoría de las personas son bondadosas por naturaleza.

Mis hijas han salido adelante con una mínima intervención por mi parte. Aquella noche, en el restaurante Olympia, me senté frente a una mujer que parecía tenerlo todo.

Belleza, carisma, inteligencia, pero sobre todo, atractivo. Con aquella bella mujer hindú no era quien solía ser. Me comporté de forma un poco sumisa, la admiraba demasiado y hablaba demasiado y demasiado rápido.

Aquella noche, con aquella mujer hindú, buscaba palabras sin darme cuenta e intentaba impresionarla. Eso resultó contraproducente, porque, con toda probabilidad, todos los hombres ya lo hacían a diario. No estaba acostumbrado a comportarme así.

Normalmente era más seguro de mí mismo. Por cierto, toda mi vida había estado rodeado de mujeres extremadamente atractivas. Eso me ayudó a formarme como persona. Yo era el único hijo varón y tenía cuatro hermanas mayores.

Mi hermana mayor se parecía como dos gotas de agua a Elizabeth Taylor. Las demás no se quedaban atrás. Los chicos jóvenes esperaban, por así decirlo, como labradores con la lengua fuera, en la puerta de nuestro piso de alquiler en Stoutenburg 7c, en Rotterdam-Zuid.

A los cinco años ya estaba locamente enamorado de una tal Constance, una chica rubia, guapa y testaruda, a la que no le faltaba la lengua. Desde que fui capaz de pensar por mí mismo, me sentí especialmente atraído por chicas simpáticas, libres, vivaces, enérgicas, chispeantes y con sentido del humor.

De la mayoría recuerdo exactamente su nombre y cómo eran. Ese tipo de mujeres son la sal de la tierra. La energía femenina es esencialmente diferente de la masculina. El yin y el yang, ¿no?

Desde muy joven tuve relaciones con mujeres que destacaban, no solo por su aspecto, sino por su presencia. Estaba acostumbrado a la belleza. Mi exmujer también era una mujer guapa. Era serbia. Tuvimos una relación estupenda y larga de casi 14 años.

Pero toda relación, incluso la mejor, suele tener una fecha de caducidad. Al final, la relación se había vuelto tóxica y nuestra comunicación, antes tan perfecta, se había convertido en un intercambio de malentendidos. Eso casi siempre es culpa de ambas partes.

Cuando la confianza y el respeto desaparecen, todo se acaba. No soy rencoroso y, cuando se disipó el polvo del odio injustificado, me di cuenta de que la ruptura habría sido inevitable de todos modos. Muchas parejas se quedan atrapadas en una relación vacía y sin futuro cuando las cosas se han deteriorado.

A menudo por miedo, costumbre, cobardía y falta de decisión. O bien se acuestan con otras personas. Yo nunca lo hice y, cuando una relación amenazaba con volverse insoportable, siempre optaba por mi libertad en busca del nuevo y verdadero amor. Esa mujer hindú tenía algo hipnótico.

Y quizá ella también sintió que yo no estaba plenamente presente. O, por el contrario, que quería demasiado y con demasiada intensidad. Sea como fuere, todo quedó en ese único encuentro. En retrospectiva, eso también tenía sentido. Aún no estaba lo suficientemente en equilibrio.

Ni económicamente, ni mentalmente. Además, ella y yo hablábamos demasiado de exes y entonces todavía estás demasiado lleno de eso. Pero esa noche dejó algo duradero que enriqueció increíblemente mi vida a partir de entonces.

Un pensamiento que no me abandonó desde entonces. Ella me había contado que su ex se encerraba durante noches enteras en su despacho y se pasaba horas chateando con mujeres rusas y ucranianas. No podía imaginarme nada parecido.

Nunca había conocido a una mujer tan encantadoramente bella como ella: una diosa hindú, una Lakshmi. ¿Por qué ibas a chatear con mujeres rusas y ucranianas si tienes a tu lado a una mujer tan increíble?, me pregunté en mi fuero interno.

Pero mi curiosidad se había despertado. En un momento dado, decidí echar un vistazo yo mismo a esos sitios. Y lo que vi, al principio no me lo creí. Mujeres de Rusia y Ucrania, todas y cada una de ellas extraordinariamente atractivas, con un alto nivel de estudios y con talento.

Demasiado bonitas para ser verdad. Pensé en serio que era un timo. Que detrás de esos perfiles había hombres -unos tal Igor y Boris— que estafaban económicamente a hombres occidentales. Ese tipo de prácticas siguen existiendo en todo el mundo. Con frecuencia se puede leer en los medios de comunicación convencionales la historia de un hombre o una mujer solitarios estafados que quedaron totalmente arruinados por un supuesto amor.

Las páginas de citas no son más que modelos de negocio ingeniosos. Y, sin embargo... en aquella época me lancé a explorar. Mi curiosidad se había despertado y era mayor que mi desconfianza. Junto con mi mejor amigo Frank, el hermano que nunca tuve, decidí armarme de valor y dar el paso hacia Kiev.

También porque la calidad de la vida nocturna en Róterdam había tocado fondo en aquella época. No buscábamos nada concreto. Intuitivamente sentíamos que allí había algo que aún no entendíamos. En mayo de 2010 nos subimos al avión con destino a Ucrania.

En cierto sentido, esta experiencia se parecía a la película «Coming to America», protagonizada por Eddie Murphy. Nos tocó el gordo, porque Ucrania en general, y ciudades como Kiev, Járkov y Odesa en particular, no se parecían en nada, en el buen sentido, a otras ciudades y países de Europa Occidental.

En cuanto a ocio y cultura, eran únicas. Especialmente Kiev y Odessa eran ciudades vibrantes, con mucha energía positiva y un encanto magnífico. Esta ciudad se ganaría mi corazón para siempre, para luego, años más tarde, volver a romperlo.

Capítulo 2. Kiev

Comenzamos nuestro viaje en Vinnitsa, una ciudad de la que el expresidente Poroshenko había sido alcalde. Nos trasladaron desde Kiev a esta ciudad de 371 000 habitantes en un viejo Lada chirriante y oxidado. Solo nos quedamos allí unos días, ya que nuestro verdadero destino final era Kiev.

Lo veíamos como un calentamiento mental. A través de Internet habíamos contactado con una mujer de una agencia de citas y por eso empezamos en esa ciudad. Pero pronto nos dimos cuenta de que las citas no eran lo nuestro. Queríamos «conocer y relacionarnos con mujeres en su entorno natural».

Primero exploramos un poco la ciudad. Fuimos a un museo, algo que siempre hacíamos y seguimos haciendo cuando salimos de viaje durante las vacaciones. Esta ciudad, fundada en el siglo XIV, resultó haber tenido una historia larga, pero al mismo tiempo también muy oscura.

Me refiero sobre todo a la Segunda Guerra Mundial. Antes de eso, Vinnitsa también había sido a menudo escenario de enfrentamientos entre Polonia, el Imperio otomano y el Imperio ruso, con muchas disputas y guerras serias. En 1793, esta oblast, otra palabra para provincia en nuestro idioma, pasó definitivamente a formar parte del Imperio ruso.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la mitad de todos los habitantes judíos, un total de 34 000, fueron fusilados por los llamados Einsatzgruppen con la entusiasta ayuda de las milicias ucranianas.

La otra mitad restante logró huir justo a tiempo o fue reclutada por el Ejército Rojo. De esos 17 000, no muchos habrán sobrevivido a la guerra, ya que las bajas del bando soviético fueron astronómicas. Al menos 27,5 millones.

El coronel Douglas MacGregor, destacado experto militar estadounidense —un experto militar al que tengo en gran estima, también como persona—, habla incluso de 39 millones de víctimas, entre civiles y soldados. Basa esta cifra, entre otras cosas, en los archivos de la KGB que se hicieron públicos después de 1991, tras la desintegración de la Unión Soviética.

Hitler había tenido su cuartel general provisional cerca de esa ciudad, en un bosque a 15 kilómetros de distancia, durante ocho meses en el periodo 1941-1942. Al día siguiente, Frank y yo visitamos un cementerio de soldados caídos. Todos ellos chicos de entre 18 y 22 años.

¡Horrible! Nos quedamos en silencio. Me invadió una profunda tristeza. ¡Cómo pueden las personas ser auténticos monstruos y qué cosas sin sentido nos hacemos unos a otros! En Vinnitsa fuimos el viernes por la noche a un club llamado Farida Piazza. La música y el ambiente eran fantásticos.

Las bebidas eran baratísimas. De vez en cuando, chicas guapísimas se chocaban «por accidente» contra nosotros con sus pechos duros y puntiagudos y, al parecer, se daban cuenta de que éramos extranjeros del «Occidente rico». Éramos una cabeza más altos que los hombres de allí.

A Frank le llamó la atención una mujer muy atractiva y robusta, pelirroja, de unos veinte años. Desapareció tan rápido como había aparecido. Muchos años después, Frank todavía hablaba de ella. ¿Por qué el encanto es un fenómeno tan especial? En 2012, en el aeropuerto Borjispol de Kiev, vi a una azafata rubia increíblemente guapa, de piel ligeramente morena, con grandes ojos marrones y vestida con un traje azul claro.

Esos pocos segundos quedaron grabados para siempre en mi memoria. Casi me desmayo. Si estoy en una gran fiesta de baile con unas 50 mujeres de aspecto prácticamente idéntico, en una fracción de segundo solo una destaca. ¿Por qué? ¿Cómo funciona ese mecanismo?

¿Es la energía que irradia? ¿Su aura? Un joven árabe se acercó a Frank para advertirle de que esa mujer pelirroja era una mujer muy peligrosa, lo que no hizo más que avivar aún más su interés. Pero se le escapó. Al día siguiente volvimos a explorar un poco la ciudad y el sábado por la noche volvimos a ese club.

No nos decepcionó, porque allí había muchas mujeres guapas, elegantes y llenas de energía. Esto nos devolvió esa sensación de salir de fiesta que tanto habíamos echado de menos en los Países Bajos durante más de un año. Tras un largo fin de semana, nos dirigimos a nuestro verdadero destino final: Kiev.

Queríamos volver a enamorarnos de verdad tras nuestro divorcio. Las diferencias de edad entre hombres y mujeres resultaron no importar en absoluto en esa cultura y nos sentimos de nuevo como si tuviéramos 25 años.

Teníamos una energía desbordante. Esto demuestra que la edad y la vejez están sobre todo en la cabeza. Eres tan joven como te sientes, y eso no es una obviedad, sino una realidad. Recuerdo muy bien un concierto de Tina Turner en el Ahoy de Róterdam.

A sus 60 años tenía la energía y el carisma de tres chicas jóvenes de 20 y una voz increíble. La clave es tanto mental como física: mantenerse lo más activo posible, comer sano, no fumar y no consumir drogas. Al parecer, así los telómeros se acortan más lentamente.

A partir de los 30 años, apenas he cambiado sustancialmente. No es la fanfarronería de un hombre en crisis de mediana edad, sino un hecho. Simplemente tengo mucha energía, y desde luego no menos que cuando tenía 25 años.

Desde los 4 hasta los 20 años fui un futbolista profesional en ciernes. Todos los días jugaba al fútbol con mis amigos, mucho mayores que yo, durante horas, todos los días. Hiciere el tiempo que hiciere. A los 19 años, tras un partido contra el Ajax sub-19, me decidí con total convicción por la ciencia y por mi novia, la doble de Sade, con la que estaba comprometido.

Colgué las botas. En mis sueños seguía marcando los goles y dando las asistencias más bonitas. En 2010 y 2011, Frank y yo solo habíamos estado en Kiev cuatro largos fines de semana. Pero nos habíamos enamorado por completo de la ciudad. La energía positiva, el ambiente y las mujeres especiales.

Nos proporcionaba mares de energía positiva, esperanza y un futuro de ensueño. Volvíamos a tener una misión. Tras un fin de semana largo, podíamos alimentarnos de eso durante meses e incluso ahora, 16 años después, seguimos recordándolo. Pero a finales de 2010 llegué a la conclusión de que quizá Kiev no fuera una opción viable para mí.

Trabajaba 60 horas a la semana, era el responsable último de muchos cientos de compañeros, en su mayoría con un alto nivel de formación, que requerían mucha atención, y no podía ausentarme por mucho tiempo. Eso suponía un riesgo demasiado grande en un entorno político.

En parte por esa razón, y aparentemente por pereza, seguí durante medio año con una brasileña que vivía en mi ciudad natal, Róterdam. Una mujer extremadamente celosa. Le di gracias a Dios de rodillas por haberme librado de ella al cabo de seis meses. Cuando estaba en el baño, me enviaba mensajes sin parar y me preguntaba qué estaba haciendo.

Mi amor por Brasil no se recuperó hasta 2023, cuando pasé un mes de vacaciones en Río de Janeiro, en Copacabana. Leí un artículo de una conocida psicóloga brasileña en el que explicaba que muchas mujeres brasileñas son enfermizamente celosas. Las mujeres de Kiev no eran así en absoluto.

A partir de 2012, empezamos a pasar allí más tiempo y con mayor frecuencia. A partir de abril de 2012, incluso me fui allí durante seis semanas seguidas porque me había liberado de los lúgubres escenarios políticos de mi país.

Me había convertido en alto funcionario a una edad temprana y, a los 36 años, llegué a ser secretario municipal adjunto de Róterdam, por entonces aún la ciudad portuaria más grande del mundo. Pero yo era todo lo contrario a un funcionario tradicional y burocrático, un lastre con contrato fijo.

era un ambicioso. Mis ascensos se produjeron de forma espontánea y natural. Nunca pedí más sueldo ni ascensos a mis superiores. Quizá era demasiado orgulloso para eso. Siempre me proponían un nuevo reto o un nuevo puesto.

Simplemente me lo pasaba muy bien y me esforzaba al máximo por un sentido de la búsqueda profesional de significado y de un valor añadido serio. A los 27 años, en retrospectiva, fui «elegido» como reformador, y nueve años más tarde tuve la oportunidad de ayudar a modernizar la administración local, con más de 33 000 empleados, y, sinceramente, lo hice con un éxito variable, con altibajos.

Porque los funcionarios son como ratones blancos: se reproducen a un ritmo vertiginoso, y este tipo de organizaciones son como la plastilina. Da igual cómo las estires, siempre vuelven a su forma original. Cuando en 2004, junto con dos compañeros, redujimos en un tercio la plantilla de la administración —otra forma de decir «ayuntamiento»— y volví a visitarla cinco años después, la plantilla había vuelto a crecer un 40 %.

El dinero nunca fue ni es el problema. Simplemente aumentan los impuestos municipales para conseguir un presupuesto equilibrado. En Kiev no había parquímetros.

La vida allí era mucho más libre que aquí y la gente era mucho más autosuficiente. Aunque durante más de 22 años desempeñé con mucho gusto y una libertad sin precedentes ese trabajo en el ayuntamiento y en diversos servicios municipales, la honestidad me obliga a decir que no encajaba en absoluto en esa cultura burocrática.

Para mí, los ciudadanos y las empresas locales eran el centro de mi actuación. Pero eso no solía ser así para otros compañeros, y desde luego tampoco para muchos políticos locales, que con el tiempo se volvieron cada vez más frívolos y engraidos.

Al final, ya no podía soportar a esa gente. Estaba malgastando mi valioso tiempo. En 2011 puse punto y final definitivamente a esta aventura profesional. Cuando llegamos por primera vez a Kiev en 2010, sentimos de inmediato que no era una ciudad cualquiera.

Quedamos impresionados y en estado de shock, en el buen sentido, claro está. Nos sentimos inmediatamente abrumados por la preciosa arquitectura de los edificios. Bonitos parques urbanos. Centros comerciales impresionantes.

Restaurantes fantásticos, con precios de antes de la guerra. Cines magníficos. Discotecas acogedoras con buena música y, por último, pero no menos importante, una cantidad increíble de mujeres extremadamente atractivas.

Lo que también nos llamó la atención fue que las mujeres de allí eran muy elegantes, enérgicas, seguras de sí mismas y accesibles. Prestaban atención a los más mínimos detalles de su vestimenta. Un bonito reloj. Un collar elegante. Un bolso de mano con buen gusto. Desde luego, no eran tímidas, sino más bien seductoras.

Por lo general, tenían un espíritu aventurero y solían tomar la iniciativa ellas mismas. Muchas hablaban inglés. Algunas con fluidez. Otras, con dificultades. Otras, para nada, con las que nos comunicábamos con gestos como chimpancés.

A menudo acabábamos esa misma noche con ellas en la ópera, en el cine o en un buen restaurante. Y si teníamos mucha suerte, esa misma noche ya estaban sentadas en nuestro regazo. No dábamos crédito a lo que veíamos, nos derretíamos con frecuencia y disfrutábamos al máximo.

Por cierto, no éramos los primeros en quedarnos embelesados, ya que mil años antes los comerciantes árabes se quejaban de que ya no podían trabajar después de haber comprado a una de esas mujeres en el mercado de esclavos. En aquella época era algo muy común.

Kiev en sí misma se percibía como una ciudad llena de energía. La arquitectura, la música, los restaurantes, el ambiente: todo encajaba. Durante el día, una metrópolis histórica; por la tarde y por la noche, un lugar donde la vida se desarrollaba con toda su intensidad.

Entre 2010 y 2017, la diversión abundaba. La ciudad bullía y se sentía como un cálido baño cultural. Podía pasar horas sentada en un banco al sol en la calle principal, Kreschatik, disfrutando. Mi amor por Kiev era aún más profundo que el que sentía por Frank.

También porque, desde 2010, estaba decidida a irme allí por un periodo más largo y él tenía las manos y los pies atados a su empresa unipersonal. Unas vacaciones prolongadas habrían ahuyentado a sus clientes para siempre.

Emprender una relación significativa con una belleza de Kiev cuando solo te quedas allí dos veces al año para un fin de semana largo —como hicimos nosotros durante dos años— era, de antemano, un ejercicio sin sentido y estaba condenado al fracaso. Una ilusión.

En la calle principal de la ciudad, Kreschatik, desfilaban en los días de falda unas bellezas voluptuosas con piernas de cigüeña. Ni un gramo de grasa. Caminaban con gracia sobre tacones de aguja altos y de colores vivos. Melenas preciosas y exuberantes. Nos causaban una impresión arrolladora.

Había una enorme diversidad de mujeres y todo tipo de matices únicos de ojos y peinados. Morenas y mujeres de pelo negro con grandes ojos azul intenso. Rubias con grandes ojos marrones y verdes. Nos sentíamos como niños en una tienda de golosinas sin vigilancia.

Y a veces nos pellizcábamos los brazos para ver si no estábamos soñando y ya habíamos llegado al cielo. Rusia y Ucrania han estado pobladas, aproximadamente durante los últimos 6.000 años, por unas 150 tribus más o menos iguales.

En la zona esteparia que hoy abarca partes de Ucrania y Rusia se domesticó el caballo y se inventó la rueda. Esto permitió que la población se dispersara con relativa rapidez en todas las direcciones. Así lo demuestran también numerosos estudios genéticos.

No se descarta en absoluto que los brahmanes indios fueran en origen guerreros ruso-ucranianos con caballos y carros, pero eso es otra cuestión. Debido a numerosas migraciones e invasiones a lo largo de los milenios, ambos países se enriquecieron genéticamente.

Las mujeres de allí no se basaban únicamente en su aspecto físico, al que, sin embargo, dedicaban visiblemente mucha atención. A menudo tenían varios trabajos, estudiaban además y poseían numerosos otros talentos.

Una pintaba con cierto mérito. Otra diseñaba ropa con buen gusto. Otra cantaba como un ruseñor o tocaba el piano a un alto nivel. La belleza, el talento y la inteligencia se unían aquí de una manera a la que no estábamos acostumbrados.

Los hombres, en su mayoría de baja estatura, se parecían entre sí y parecían haber sido engendrados por el mismo padre. Nunca me ha quedado del todo claro cómo pudo surgir esta discrepancia genéticamente.